

Luis Durand

Un niño de provincia llega a Santiago



UNA intensa emoción me llenó el pecho de ansiedad, cuando el ronco pitazo de la locomotora anunció nuestro arribo a Santiago. Iba por fin a conocer la gran ciudad de la cual tenía un concepto maravilloso a través de las conversaciones que los viajeros o estudiantes en vacaciones, sostenían con la gente de mi pueblo, y en las cuales describían con palabras de encendida admiración las bellezas de la capital. Los teatros, los paseos, las grandes tiendas de lujo, la Catedral cuyas naves eran inmensas y en donde el Arzobispo tenía un trono de oro... ¡Qué mágico desfile de fantásticas imágenes! Llevaba en la cabeza, en aquella luminosa mañana de marzo, en que el tren, tanta era mi vehemencia, no concluía nunca de llegar a la gran estación del Sur, o de la Alameda como ahora se le llama.

Hasta que por fin sintiendo que el corazón se me escapaba del pecho, mis pies pisaron por primera vez el suelo de Santiago. Un largo desfile de viajeros caminaba apresuradamente por el andén, hacia la salida, que se divisaba como un gran pórtico de dorada luz, que cortaba el enorme techo negro de hollín, bajo el cual varias locomotoras jadeaban como monstruos enardecidos, lanzando breves y agudos pitazos, mientras afuera se oía el sordo rumor de la ciudad, como una sinfonía extraña y

desconocida para mis oídos, acostumbrados hasta entonces, a la quietud del campo o a la paz poblana.

Un alto edificio, cuyas proporciones se me antojaron desmesuradas, fué lo primero que mis ojos vieron, frente a la estación. Más o menos a la altura del tercer piso de él había un letrero pintado de azul, con letras blancas que decía «Hotel Mellossi» y en el primer piso otro con el nombre de «Hotel Brink». Esto me hizo recordar una anécdota oída allá en el pueblo, de la que fué protagonista un caballero que venía por primera vez a la capital. Tomó un coche y ordenó al cochero:—Lléveme al Hotel Brink—. El hombre tenía un buen ojo para conocer a la gente. Hizo un largo recorrido a través de distintas calles y en seguida lo fué a dejar al hotel indicado, cobrándole una succulenta tarifa. Como el caballero le reclamara del precio, el cochero le contestó, con sonrisa obsequiosa y socarrona:

—Le cobro barato patrón. Fíjese que la distancia es grande.

Pasaban los carros eléctricos haciendo sonar con estrépito su campanilla, entre el vocerío de los suplementeros que gritaban metiéndole los diarios por la cara a la gente:

—¡Curio, Diario, La Ley, Carrilooo!. . .

Diez o más filas de coches de caja cuadrada se alineaban en la Plaza Argentina. Había en el aire un penetrante olor a guano fresco de caballo. Los cocheros de pie sobre el pescante, con las riendas en la mano y la huasca pronta, llamaban a los pasajeros con reiterado entusiasmo, ponderando las condiciones de su vehículo. Tomamos uno de esos coches de cojines destripados, acomodando en el pescante los canastos de «cocaví» que venían desde el pueblo lejano a regalar el paladar santiaguino. Pollos cocidos, humitas, quesillos, empanadas de horno, harina tostada, alfajores, pan amasado, etc. Y mientras los rocines galopaban entre el chasquido de la huasca que no mermaba sus azotes, fué estirándose ante mis ojos asombrados la Alameda, con sus altos árboles cuyo follaje comenzaba a dorar el sol de

marzo, y bajo los cuales corrían dos acequias paralelas a ambos costados del paseo. Y en el fondo de la ancha avenida que, para quien como yo, la contemplaba por primera vez, tenía un encanto rústico y poético, se destacaba la cordillera, recortando sus cumbres nevadas, bajo un cielo casi celeste.

En los primeros días, mis excursiones por la ciudad fueron cautelosas. No me atrevía a aventurarme a los barrios lejanos a aquel de San Diego y Arturo Prat a donde me tocó vivir. Pero me atraía la calle San Diego con su bullicio, con su tumulto de gentes y de coches y tranvías que por ese tiempo hacían su recorrido entre el Mapocho y el Matadero. Era el año 1908 y recién se estrenaban los carros eléctricos a San Bernardo que llamaban poderosamente la atención de las gentes que salían a las puertas atropelladamente, a mirarlos. Según se decía, su velocidad era tanta que era de admirarse cómo había personas que se atrevieran a viajar en ellos. Más allá del Zanjón de la Aguada, pasaban como un celaje entre una nube de polvo. ¡El tren era un carretón al lado de su portentosa rapidez! Y sin embargo había un cuadrino en el Llano Subercaseaux que les había corrido un kilómetro sin aflojarles un pelo. ¡Hay que ver el caballito que sería ese!—exclamaban los chicos del barrio, comentando el caso con los ojos iluminados de admiración.

Y seguramente debía ser así, pensé yo en un día de abril, al ver pasar por la calle de Chiloé una curiosa cabalgata, que rodeaba a un coche cuyos caballos iban lanzados en una carrera desenfrenada. Era, según me explicó alguien, la fiesta de Cuasimodo, y en el coche aquel, iba el cura de la Capilla de Ossa, llevando el Santísimo. Los jinetes eran matanceros del «cuadro» como se llamaba al Matadero, que «corrían a Cristo». Todos montaban briosos caballos de ancas relucientes estriadas de sudor, y en la cabeza llevaban un pañuelo rojo cuyas puntas ondeaban como banderolas. El espectáculo ofrecía un colorido novedoso y original que nunca pude olvidar, pues a él se agregaba la agitación de las calles del arrabal en donde gritaban los

chiquillos y ladraban los perros, que seguían con gran alboroto a la cabalgata, hasta quedar extenuados.

Por esa época Santiago aun no podía desprenderse de cierto influjo rural que se notaba especialmente en los barrios. Por las mañanas veíanse en algunas esquinas, cuatro o cinco vacas que ordeñaba junto a la vereda una mujer, arrebozada en un gran pañuelo si era invierno, o tocada con una chupalla si era en verano. Llegaban hasta allí las mozas de servir con sus tientos o cacerolas a comprar la leche «al pie de la vaca». También alguna niña consumida por la clorosis, o los trasnochadores que agregaban a su vaso de leche, un buen «taco» de aguardiente para que no les cayera mal al estómago. Y no eran únicamente las vacas que con su bramido lamentoso traían la sensación del campo, sino también las pequeñas tropillas de burras con sus burritos lanudos y panzones, los que pasaban con sus trancos lentos e indecisos pellizcando con sus pezuñas las piedras de huevillo que constituían, casi en su totalidad el pavimento de las calles. Toda la gente creía en el milagro de la leche de burra que devolvería la salud a los niños raquíticos, o a aquellos que no pudo alimentar el pecho de la madre. Fuera de los tranvías eléctricos, todo se movilizaba en Santiago a tracción animal, y esto permitía que en los primeros días del otoño, aparecieran por las calles de los barrios, y aun en las del centro,—recuerdo haberlas visto en la Alameda y en la calle Ahumada—grandes piños de pavos gordos que eran vendidos en la vía pública formando a veces un gran alboroto de aletazos y chillidos, que hacían la delicia de grandes y chicos.

Los tranvías hacían un recorrido relativamente corto. Los del sur llegaban hasta el Mapocho y no pasaban más allá de la calle Diez de Julio o la Avenida Matta, a excepción de los que iban al Matadero. Los que venían de la Palma, o sea la Avenida Independencia y los de la Recoleta daban vuelta en la Plaza de Armas. Los de Alameda corrían entre la Plaza Italia y la Estación Central. Para ir a Ñuñoa, por ejemplo, se nece-

sitaba de un tiempo relativamente largo, pues cada cinco cuerdas había un desvío y era necesario esperar al tranvía que venía por la misma línea. En muchas ocasiones el carro esperado se perdía y la gente comenzaba a reclamar de la demora exigiendo del maquinista y de la cobradora que siguieran hasta el desvío siguiente. Pero casi siempre que el maquinista accedía a las exigencias del público, aparecía por la mitad del camino, entre un desvío y otro, el carro que venía en sentido contrario. Era entonces necesario volver al punto de partida entre las irritantes protestas del público. En la Alameda era frecuente ser víctima de las bromas de los estudiantes. Subían frente a la Universidad quince o veinte muchachos que salían con ganas de divertirse. Cuando la conductora reclamaba el pasaje, uno de ellos exclamaba: Los de adelante van a pagar. Los del otro extremo contestaban al reclamo de la enfurecida cobradora, que pagaban los de atrás. Se detenía el carro y comenzaba una larga discusión, entre las carcajadas y chirigotas de los estudiantes y las airadas protestas de los pasajeros, que a la postre concluían por participar del regocijo general.

Y apenas las sombras del crepúsculo caían sobre las calles santiaguinas el ámbito se poblaba de gritos de los vendedores nocturnos. El arrabal quedaba sumergido en una misteriosa penumbra que no se aclaraba hasta cuando pasaba el farolero, que trotaba por las piedras, en su caballejo, llevando una garrocha con un garfio en el extremo que servía para avivar la luz de los mecheros de gas. A veces en la medrosa obscuridad, resonaba tristemente una campanilla entre los barquinazos de un coche. En él iba el Santísimo hacia la casa de un agonizante. Los transeúntes se arrodillaban en medio de la calle con la cabeza descubierta aunque lloviera a cántaros, y el mismo farolero dejaba apoyada en la montura su garrocha para descubrirse respetuosamente y persignarse con unción.

El arrabal se hundía entonces en un inquietante silencio, que de vez en cuando rompían los denuestos o cantos obscenos

de un borracho o el agudo pitido de un «paco» en trance peligroso, llamando a su compañero. En las esquinas la luz humilde e indecisa de un candil anunciaba la presencia del vendedor de hallullas y pequenes. Y más lejos como si fuera la queja de los pobres y de los desamparados la voz del tortillero era como una desgarradura de la obscuridad.

—¡Tortilliiii güena! ¡Tortilla y huevos cocíoos!

Y en las noches de lluvia o de neblina densa surgía el grito del vendedor de «mote e mey calentito» o la del que vendía «castaña y camote cocío». No era raro ver de rato en rato, a la puerta de una casa, a una pareja de enamorados que hacían más dulce la plática saboreando la apetitosa golosina. Y a menudo también, oíase el grito estridente del vendedor de versos; entre los que tenían gran fama los del ciego Peralta. El versero recitaba una interminable letanía en la que también improvisaba inventando acontecimientos ocurridos en otros lugares:

Con el crimen de Quillota los versos.

Por los celos de un amor, un hijo mata
a su padre. Los versos, los versos.

Un hombre que vuela sin alas en las Uropas.
¡los versos, los versos!

Una niña que se muere por querer
a un sargento de policía que no le corresponde.

Y en las tardes de sol, pasaba el harinero cuyo traje era blanco como el caballo que cargaba las bolsas repletas de harina tostada, fresca y olorosa que medía en un tiesto también blanco. El vendedor de «miel de pera mota buena y de almendras dulces», era otro personaje que ya desapareció de las calles de Santiago, así como el frutillero que al tranco lerdo de su caballejo dejaba escapar su pregón melancólico que hacía evocar las chacras risueñas y fértiles de Renca:

—¡Frutillas, el frutilleroo!

Los estudiantes daban muestras en ese tiempo de una alegría y un buen humor que ya parece haberse perdido para siempre. En las calles próximas a la Universidad o a la Escuela de Medicina, solían aparecer los letreros de una carnicería encima de la puerta de una botica, o los de una agencia en la ventana de la parroquia del barrio. Sus estrecheces económicas las aceptaban con increíble buen humor. Era de verlos cuando se cambiaban de pensión. Adelante iba llevando uno la escoba con las ramas hacia arriba. Ahí iba metida la «cantora» y encima de ésta un cabo de vela para alumbrar la procesión. Detrás iba otro con el colchón al hombro, y los que seguían con las almohadas, o los largueros del catre. Cruzaban las calles en una loca algarabía de risas y de cantos o bien de dichos picantes, que eran celebrados con gran regocijo por los vecinos que de vez en cuando también les ayudaban en la improvisada fiesta echándoles su «cogollo».

Nosotros los penecas de la preparatoria, íbamos a jugar al «paco y el ladrón» al cerro Santa Lucía, al Parque Cousiño o a la Quinta Normal. Pero nuestras preferencias estaban por el Parque Cousiño en donde teníamos ocasión de admirar los ejercicios de los militares, o los ensayos de los jinetes del Club Hípico que llegaban hasta allí a pasear sus caballos. Por las tardes la banda de un regimiento iba a tocar en la plazoleta que quedaba cerca de la laguna y allí llegaban en gran cantidad los coches de lujo, llevando a las familias que iban a gozar de la música y del buen aire. En los hombres era muy usado en esos días, el chaqué negro sobre el chaleco blanco. El tongo y los zapatos de charol completaban la elegancia de los caballeros, que se paseaban lentamente retorciéndose las guías del bigote, o haciendo girar el bastón con cacha de metal blanco o amarillo. Las damas iban con unos vestidos de talle bien ceñido con las faldas muy largas y amplias que se recogían con mucha gracia al caminar, llevando en la otra mano el quitasol, o una diminuta cartera de plata. Los peinados eran muy

altos, y los sombreros enormes estaban adornados de flores o pájaros de colores muy vistosos. Los carruajes más usados en este paseo de la tarde eran los victorias forrados en seda y terciopelo azul, o rosa, que destacaba con suprema elegancia la silueta de sus ocupantes. Las personas mayores preferían los coches americanos tirados por un poderoso tronco de caballos Clelland de gran alzada. Los mozos jóvenes y de fortuna iban en unos cochecitos muy livianos y lindos. Eran como un canastillo sobre llantas de goma, tirados por un brioso caballo trotón de raza Hackney en cuya tusa se amarraban borlitas de hilo de llamativos colores. Tener un «tonneau» era la suprema distinción de la juventud de la época.

Los días domingos, el centro de la ciudad estaba solitario y silencioso. A la hora de las «once» veíanse pasar algunas parejas que iban a la Pastelería de Camino, ubicada en la esquina de la Plaza de Armas, que ocupan hoy Los Gobelinos. Otra pastelería de Camino estaba en la esquina de Agustinas con la calle del Estado. A las 12 del día casi junto con el disparo del cañonazo del Santa Lucía, aparecía en la puerta del Correo Central, el Incandescente, curioso personaje que llamaba la atención de los habitantes de Santiago, por sus extravagancias. Todos los días se le veía de levita y tarro de pelo vestido con una exagerada elegancia. Al revés de su colega en rarezas, el abogado don Pedro Pablo Alvarez, que se paseaba por la Plaza de Armas descalzo y con la cabeza melenuda cubierta por una chupalla.

Eran aquellos días, la época de mayor gloria de la ópera. Llegaban hasta nuestro Teatro Municipal, los más famosos cantantes. Si no me equivoco, creo que el único de los que actuaban en esos tiempos que no llegó a Chile, fué Caruso. En calles, plazas y paseos, se oía cantar trozos de Lucía, Tosca, Aída y no era raro encontrarse con un suplementero que fuera silbando Rigoletto. Vinieron también escritores de gran renombre, como Blasco Ibáñez, Zamacois y otros. A la salida de los

teatros, los estudiantes que llenaban las galerías, se precipitaban sobre los caballos del coche que se llevaría a los artistas, para desengancharlos, y arrastrarlo ellos como la expresión más rendida de su admiración. Recuerdo que una noche, en que cantaban Amato y la Berlendi en el Municipal, los llevaron en esa forma hasta el hotel. Mi hermano que era un chiquillo de unos 15 años, pero muy amigo de meterse con los grandes, llegó una noche poseído por la, más orgullosa exaltación, pues él también había empujado el coche de los famosos artistas italianos. Y entonces, por la ventanilla les había gritado:

—¡Amato, acuérdate de Chile!

Palabras que él creía que el artista tendría presentes hasta la hora de su muerte. En realidad eran tiempos de más ilusión, de más fervor vital. Había más alegría y menos drama que hoy.